



Para entender la parábola del profeta Ezequiel que nos ofrece la lectura primera, debemos recordar el contexto histórico en el que se habla: en el 597 –antes de Cristo- Nabucodonosor, rey de Babilonia, se apoderó de Jerusalén; deportó al rey y parte de los habitantes (entre ellos, Ezequiel). Jerusalén fue completamente destruida y saqueada.

El pueblo judío parece haberlo perdido todo:

- 1º Su tierra, **signo** concreto de la bendición de Dios.
- 2º Su rey, **mediador** entre Dios y el pueblo.
- 3º Su templo, **lugar** de la Presencia divina.

De ahí la pregunta que ahora atormenta los corazones: ¿Nos ha abandonado Dios? Es, en el verdadero sentido del término, “cuestión de confianza”.

A este pueblo humillado se le ofrece una palabra de esperanza, que se relaciona con un árbol plantado en el “*monte alto de Israel*” que es, obviamente, Jerusalén. Ese gesto consolador es tan poca cosa, que casi invita a no tenerlo en cuenta.

En la liturgia bizantina se dice, y así se confiesa: “*el Gólgota se convirtió en el Paraíso cuando el árbol de la Cruz se clavó allí produciendo la uva de la vida que es Cristo*”. El ‘árbol’ fecundo por excelencia es el madero del Señor bajo la cual todos encuentran acogida y refrigerio.

En estos tiempos difíciles donde la presencia de Dios parece empañada por la indiferencia, junto con la caída de los valores fundamentales que han de caracte-

rizar una auténtica vida humana, no hemos de olvidar la invitación que se nos hizo en el Viernes Santo: “*Mirad el árbol de la cruz*”, porque “*Por un árbol fuimos hechos esclavos, -lo hemos escuchado el pasado domingo- y por la Santa Cruz recobramos la libertad. El fruto de un árbol nos sedujo; el Hijo de Dios nos redimió*”.



Jesús se sintió semilla y sembrador: sembrar es infundir fecundidad, vida, en la tierra. ¿Cómo lo hizo?

- 1º Repartió la semilla de **Su palabra**.
- 2º Repartió la semilla de **Su bondad**.
- 3º Repartió la semilla de **Su vida** por medio de la Cruz -árbol plantado en el monte alto de Israel.

Su labranza fue germinando en silencio y, a través del tiempo, la tierra se fue vistiendo de riqueza y hermosura hasta tal extremo que se transformó en “**una muchedumbre inmensa**”.

Es el elogio de lo pequeño; la fuerza que tiene lo débil. Bien se puede decir que **el Dios del cielo se cansa de los grandes reinos pero nunca de las pequeñas flores**. En una época en la que se ama la ostentación, la demagogia. En un tiempo en el que parece que el “**fortissimo**” es lo que domina, parece provocador celebrar, admirar, exaltar la pequeñez, el “**pianissimo**” que, humanamente, pasa sin pena ni gloria

Nos llena de gozo y entusiasmo iglesias llenas, movimientos pujantes de juventud y vitalidad y... sin embargo... quizás no reparamos y agradecemos el vigor que puede tener una comunidad, a nuestro modo de

entender, empobrecida en años y número pero enriquecida por la preciosa sabiduría de la fidelidad de cada día en el camino del seguimiento humilde.

En un texto apócrifo del antiguo Egipto cristiano, se recoge un texto de Jesús que dice así: “*Me hice pequeño, para que por mi pequeñez subieras a lo alto, de donde caíste*”.

La debilidad es una condición privilegiada: en una lógica opuesta a la de la sabiduría del mundo (1Cor 1,21-25; 2,6.13). En esta historia humana concreta herida por los pecados de los hijos de Adán, el Hijo de Dios eligió la fragilidad para desplegar su deseo de salvación.

La verdadera identidad del discípulo del Señor sale a la luz en las debilidades (2Cor 11,23-33): ésta es la gracia - fuerza de Cristo (2Cor 12,1-10), que se revela como poder en la fragilidad de quien lo acoge (“...δύναμις ἐν ἀσθενείᾳ τελεῖται», 2 Cor 12, 9). La debilidad se convierte así en la condición favorable para que actúe la gracia de Dios. He aquí, pues, la paradoja: la gracia de la debilidad, o la debilidad como estado de gracia, es la verdadera fortaleza (vv. 7-10).

Sí, Dios se cansa de la arrogancia del poderoso, pero nunca de la pequeña flor escondida en la hierba alta o bajo los majestuosos árboles. **La mejor parte de cada persona no se encuentra en las grandes cosas que ha logrado, si no en los pequeños y preciosos gestos de cada día**. El Señor nos dice en este día: “*hago secarse el árbol verde y florecer el árbol seco*”.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 91, 2.3. 13-14. 15-16 (R/.: cf. 2a)

Es bueno dar gracias al Señor
y tocar para tu nombre, oh Altísimo,
proclamar por la mañana tu misericordia
y de noche tu fidelidad.

**El justo crecerá como una palmera,
se alzaré como un cedro del Líbano;
plantado en la casa del Señor,
crecerá en los atrios de nuestro Dios.
En la vejez seguirá dando fruto
y estará lozano y frondoso,
para proclamar que el Señor es justo,
mi Roca en quien no existe la maldad.**

iPresta atención al salmo! Pide san Agustín. Que el Señor nos conceda descubrir los misterios en el contenido.

Es utilizado un la liturgia sinagoga para la celebración del sábado, la gran fiesta semanal. Se alaba a Dios con cantos y música por su amor y fidelidad (vv. 2-4).

El interior del cántico, en cambio, está ocupado por una contraposición entre justos y malvados ante Dios (vv. 5-16). El retrato de los malvados está confiado a la imagen vegetal de la hierba que florece, pero pronto se seca y es aniquilada para siempre.

A diferencia del malvado, que es como la hierba exuberante pero efímera de los campos, el justo se eleva hacia el cielo, sólido y majestuoso como la palma y el ce-

dro del Líbano. Su follaje se extiende hasta el santuario del cielo y sus raíces se hunden en la tierra santa y fecunda del Templo (que en este caso es Cristo): su cumbre aspira al infinito, su base está anclada en lo eterno, su existencia se pierde en lo divino (vv. 13-14).

Fuerza como la del búfalo, belleza como la de un héroe rociado con aceite (v.11), vida como la de un árbol majestuoso y secular, frutos continuos en una juventud constante: este es el cántico gozoso de los justos que el Salmo 91 contiene en sus estrofas.

El salmo proclama la alegría de una vida estructurada desde la alabanza. El salmista proclama que los designios de amor y de bondad de Dios son misteriosos y profundos. Pero nosotros, a veces con una mirada miope como el necio del salmo, nos dejamos confundir por las apariencias. ¡Sea nuestra mirada como la del creyente que, fiel a su confianza en Dios, sabe que el Señor puede *"escribir derecho en renglones torcidos"*! Ante el mal que convive con el bien en nuestro mundo, ¿cómo reacciono? ¿Pido al Espíritu el don de la sabiduría para descubrir el misterio amoroso de Dios?

El salmo de este día nos ayuda a profundizar en clima orante la lectura primera que, en esta plegaria, se puede concretizar en la afirmación que hace: *"En la vejez seguirá dando fruto y estará lozano y frondoso"*.

Elredo de Rievaulx, monje cisterciense inglés del s. XII y que fue abad del monasterio de su profesión, escribirá como fruto de su saboreo orante:

"Señor Jesús, yo soy pobre y tú también lo eres; Soy débil y tú también; Soy un hombre y tú también. Toda mi grandeza proviene de tu pequeñez; toda mi fuerza proviene de tu debilidad".



En la fuente de agua viva

**Catedral de Oviedo
Sancta Ovetensis**

DOMINGO XI "PER ANNUM"



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Ezequiel 17, 22-24

Esto dice el Señor Dios: «...yo soy el Señor, que humillo al árbol elevado y exalto al humilde, hago secarse el árbol verde y florecer el árbol seco. Yo, el Señor, lo he dicho y lo haré».

Marcos 4, 26-34

En aquel tiempo, Jesús decía al gentío: «¿Con qué podemos comparar el reino de Dios? ¿Qué parábola usaremos? Con un grano de mostaza: al sembrarlo en la tierra es la semilla más pequeña, pero después de sembrada crece, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros del cielo pueden anidar a su sombra».